EL PRÍNCIPE DE LA VENGANZA



B. BORDOY BARCELÓ

El príncipe de la venganza

B. Bordoy Barceló



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, físico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor y del editor. Todos los derechos reservados.

El príncipe de la venganza
B. Bordoy Barceló
Ilustración portada: Alejandra Hg @MercurioBebop
Ilustraciones interiores: Mariló Delgado @emedeme91

1. El inicio de una nueva era

Silencio.

Más de veinte mil aeshan se habían concentrado en la plaza principal de Niserve, la capital de los territorios controlados por la familia Izón, y, aun así, el silencio era sepulcral. Nadie se atrevía a abrir la boca ni a desviar la atención del escenario central; donde los líderes de las distintas naciones aeshan iban a escribir un nuevo capítulo en la historia. Pero no solo los de aquella plaza estaban expectantes. Todos los noticiarios de Temun, así como los de Zede, el planeta vecino, estaban centrados en los tres prisioneros que esperaban su juicio.

Robustas cadenas atenazaban las muñecas, los tobillos y las cuatro alas de cada uno de ellos, impidiéndoles realizar cualquier tipo de movimiento. Además de aquellas ataduras, cuatro miembros de la guardia real de los Izón los vigilaban impasibles. Solo sus capas de ceremonia se movían con la suave brisa, ondeando el emblema de la familia que llevaban estampado: una ola de color turquesa bajo el orbe dorado que representaba a Heri, su estrella.

Tilou Izón, líder de la facción y señor de aquellos territorios, se levantó de su silla, haciendo que los presentes contuvieran el aliento por un momento. Heri estaba en su zenit y su luz refulgía sobre el exoesqueleto quitinoso del monarca, creando reflejos purpúreos y dándole un aspecto aún más majestuoso. A parte de la capa que llevaba sobre sus hombros y que ocultaba sus alas, vestía una banda de color azul oscuro con un broche dorado en el que figuraba el escudo de armas de su casa. Y, descansando en unas austeras vainas de cuero, llevaba sus kimurti gemelas. A pesar de que aquellas espadas eran demasiado sencillas para un aeshan con una posición como la que Tilou ostentaba, lo que realmente destacaba de ellas eran las marcas que tenían, fruto del uso continuo.

Los guardias se apartaron, permitiendo que el monarca quedara frente a los tres prisioneros. Tilou comprobó con cierta satisfacción cómo ninguno osaba levantar la cabeza. Alzó de nuevo la mirada y contempló al pueblo que tenía reunido ante él.

—Las Familias han tomado una decisión. —Su voz, fuerte y profunda, resonó a lo largo de toda la plaza a través de los altavoces—. Shur Voni y Ciapas Bano, por los crímenes cometidos contra la población civil y por desobedecer las reglas de la guerra en la toma de prisioneros, se os condena a muerte.

»Pero, al haber aceptado vuestra responsabilidad y rendido vuestras naciones y ejércitos, se os concederá una muerte honorable. —A pesar de que la voz de Tilou se había mantenido impasible durante aquel veredicto, un grito de venganza trataba de emerger de su garganta. Pues, al igual que otros muchos ciudadanos, tuvo que contemplar impotente cómo aquellos dos aeshan torturaban y mataban a todos los prisioneros de la batalla de Licru. Entre ellos, a su propia hermana, Jori Izón, quien comandaba las tropas durante el enfrentamiento. El aeshan clavó los cuatro dedos sobre la gastada piel de la empuñadura para tratar así de controlar la furia que sentía—. Como se ha establecido en el tratado de paz firmado entre todas las Familias, vuestro apellido perdurará y vuestros herederos

conservarán los territorios que se han estipulado. Dicho esto, y tal como se ha especificado durante las negociaciones, seré yo mismo quien os de muerte.

Tilou desenvainó la espada, alzándola hacia el cielo y dejando que la luz de Heri bañase aquel acero rosado. Dio un paso hacia su derecha, disponiéndose para cumplir con su primera sentencia. Con un ligero movimiento de su pulgar, pulsó el botón de la empuñadura. El pequeño reactor acoplado al mango se encendió generando una corriente de energía que recubrió el filo del arma e hizo crepitar el aire a su alrededor.

—Shur Voni, ¿tenéis algo que decir antes de que cumpla el veredicto que se ha dictaminado en vuestra contra? —No hubo respuesta alguna por parte del prisionero, ni siquiera una mirada, solo un ligero descenso de sus antenas—. Como deseéis.

La espada cayó con la velocidad de un rayo, dejando un ligero arco de color en el aire, seccionando la cabeza del prisionero y cauterizando la herida, impidiendo que la sangre de aquel traidor manchara el escenario. La pequeña y redonda cabeza rebotó contra los tablones con un sonoro golpe mientras el cuerpo sin vida quedaba en equilibrio por un momento antes de desplomarse, consiguiendo que toda la plaza ahogara un grito de excitación y horror.

Tilou se mantuvo impasible y, sin mirar de nuevo al ajusticiado, avanzó hasta quedar junto al siguiente. Para su satisfacción, aquel otro aeshan temblaba ligeramente, haciendo tintinear sus cadenas.

—Ciapas Bano, ¿deseas pronunciarte antes de que ejecute tu condena? —Preguntó con solemnidad. El prisionero desvió la mirada de la cabeza seccionada hasta colocarla sobre su ejecutor y este pudo contemplar el miedo en sus ojos.

—Solo deseo disculparme una vez más y pediros perdón por lo que sucedió con vuestra hermana. Juro que todo fue instigado por Raskat y que tuve que apoyarlo o yo mismo, mi familia y mi nación hubieran sufrido su ira. A pesar de ello, acepto mi castigo. —Su voz era temblorosa pero audible para todos los dignatarios allí presentes. El aeshan tragó saliva antes de continuar—. Solo os pido que mantengáis vuestra palabra y que mi hijo, mi familia y mi apellido no se vean más reprendidos de lo que ya han sido por mis actos.

—Os doy mi palabra de honor, Ciapas Bano. Respetaré el tratado de paz y el juramento de lealtad que ha realizado vuestro hijo. Una vez hayamos concluido con la pena, ningún Bano deberá temer mi ira.

—Entonces puedo morir en paz —anunció el aeshan, agachando la cabeza ligeramente para dejar a la vista la unión blanda entre el refuerzo craneal y el torso acorazado. Al mismo tiempo miró a su hijo Voran, de trece tanis de edad, quien le observaba con los dientes apretados desde el asiento que tenía entre el resto de las Familias—. Sé fuerte.

Un simple movimiento y este se desplomó con un ruido seco sobre los tablones del escenario. Tilou miró de reojo al joven príncipe, ahora convertido en el cabeza de familia y comprobó que este no había apartado la vista. Seguía firme y, aunque en sus ojos se veía el dolor por la muerte de su padre, también había determinación. A pesar de que Ciapas había sido un traidor y había cometido unos crímenes imperdonables, no podía menospreciar la dignidad con la que Voran había afrontado aquel momento.

Finalmente, el monarca centró su atención sobre el último prisionero. Una oleada de sentimientos se agitó en su interior. No solo sentía furia contra aquel aeshan, si no también dolor. Dolor y vergüenza.

—Raskat Honi. Hace doscientos veinte tanis, tras la Guerra de la División, nuestros antepasados crearon la posición de Hoanzu; la de protector de nuestra civilización. La de un líder sobre el resto de nosotros. Una voz que todos debieran escuchar. Un mediador durante las disputas y el encargado de preservar el equilibrio entre las diferentes Familias que conforman nuestro pueblo. Una tarea que se le concedió a tu familia y que tú, con tu apetito insaciable, has corrompido. —Escupió con rabia, sintiendo cómo su corazón se aceleraba por momentos—. Has malversado fondos para tu propio beneficio y has despilfarrado nuestros impuestos en proyectos que han causado pérdidas astronómicas, tanto monetarias como en vidas aeshan. Has establecido leyes para favorecer a tus partidarios y has tomado del resto lo que no te pertenecía por derecho. Has vilipendiado a muchos de nosotros y has tratado de erradicar a las Nuevas Familias, siendo el causante de esta nueva guerra que ha asolado nuestros mundos.

»Por todos los crímenes contra los aeshan se te ha condenado a una muerte sin honor. Aunque todos tus hijos han fallecido durante la guerra, el resto de tus familiares serán despojados del apellido Honi y todas sus posesiones serán requisadas y repartidas entre las Familias que se han alzado contra ti. —El aeshan hizo una ligera pausa, dejando que aquellas palabras retumbaran en la mente de todos los presentes; no solo en la de los ciudadanos que observaban la escena, si no también en la de todos los dignatarios, recordándoles el castigo que podían llegar a sufrir si trataban de ir en contra de sus hermanos—. Para concluir, y como gesto de buena voluntad antes de que ejecute la sentencia que se ha dictaminado, se te permite decir unas últimas palabras. ¿Raskat Honi, deseas pronunciarte?

—¿Crees de verdad que con este juicio y con unas ejecuciones públicas todo ha terminado? ¿Crees que con eso has ganado? ¿Que con eso habéis ganado? Porque si es así, entonces eres peor dirigente de lo que pensaba y me avergüenzo de haber sido derrotado por alguien como tú. —Reprochó el aeshan, desafiando a Tilou—. Lo único que habéis conseguido es ganar un poco más de tiempo, pero los temunenses y los zedenianos siguen y seguirán odiándose. Es algo que no puedes cambiar. Y no solo los ciudadanos, ellos no son diferentes al resto —señaló con la mirada a los dignatarios que le observaban desde sus asientos—. Tus queridos aliados serán los primeros que te apuñalarán por la espalda y te abandonarán a tu suerte. Cada uno piensa en sí mismo y en su propia supremacía. Da igual lo que les digas o lo que intentes, no conseguirás cambiarlos. Por eso mismo nuestra civilización debía ser reconducida; y, como Hoanzu, era mi deber hacerlo. Había que arrancar las malas hierbas para dejar que los verdaderos brotes crecieran. No pienso disculparme por mis actos. Ni contigo, ni con nadie. Yo hice lo que era necesario para asegurar el futuro de nuestra civilización. Así que acaba conmigo de una vez e inicia tu camino hacia tu propia destrucción.

—Con tus palabras demuestras que no conoces a nuestro pueblo y que nunca te has parado a escucharlo —respondió Tilou con tristeza—. Y ahora, muere.

Tilou agarró la kimurti con las dos manos y, con un movimiento seco, atravesó la espalda de Raskat. El aeshan gruñó y las alas se agitaron al sentir cómo aquella hoja se hundía en su carne hasta que la punta atravesó la coraza pectoral y la vida del antiguo líder se extinguió.

El monarca de los Izón retiró la espada del ajusticiado, apagando el filo de energía que la recorría y acallando aquel zumbido, dejando que el silencio de la plaza lo envolviera de nuevo. Miró con solemnidad a su pueblo. Todos le observaban con entusiasmo y en sus ojos se podía ver la esperanza. La esperanza de que aquello no fuera un mero sueño.

—Hoy se ha hecho justicia. Raskat Honi ha pagado por los crímenes que cometió contra todos nosotros. Con ello, y de una vez por todas, cerramos este sombrío capítulo de nuestra historia y comenzamos uno nuevo. Una nueva época de paz y tranquilidad que tomará el relevo a todo el dolor que hemos sufrido.

El silencio que había gobernado la plaza hasta aquel momento fue reemplazado por el súbito grito de alegría que ahora clamaban todos los presentes. Tilou sonrió por un momento al sentir en su propio cuerpo aquella felicidad contagiosa antes de darse la vuelta y volver a su asiento. Mientras el pueblo seguía vitoreando y aplaudiendo a los dignatarios que tenían frente a ellos, aparecieron varios aeshan que, junto con los guardias que habían custodiado a los prisioneros, retiraron los cuerpos para poder así continuar con la siguiente parte de la ceremonia.

El fuerte tronar de las conchas marinas anunció que todo estaba dispuesto y, como si aquello hubiera sido una orden, los ciudadanos enmudecieron de nuevo, dejando paso a la expectación. Desde el lado derecho apareció el sumo pontífice, avanzando hacia el centro del escenario con solemnidad, apoyándose sobre su ornamentado báculo y haciendo que cada paso resonara sobre aquel suelo de madera. A diferencia de los presentes, este sí llevaba la cabeza cubierta con una alta mitra ceremonial por la que asomaban las dos antenas. El símbolo de la Iglesia, una mano soportando su sistema estelar, estaba bordado sobre la capa de color oscuro que llevaba el anciano. Un par de novicios avanzaban con elegancia un paso por detrás del religioso, sosteniendo entre sus manos dos grandes cojines aterciopelados.

—Queridos hijos e hijas, acabamos de presenciar unas condenas que ponen fin a una época —anunció con firmeza el sumo pontífice, consiguiendo que los ojos de todos los presentes se centraran en él—. Pero no es el deseo de ninguno de nosotros que nos centremos en el odio, la muerte o en la tristeza que atenaza nuestros corazones cuando miramos al pasado y recordamos a los que nos han dejado. Al contrario. Sé que es difícil entender los motivos de todo lo que ocurre a nuestro alrededor, pero os aseguro que nada de lo que ha sucedido ha sido en vano.

»La Madre y el Padre tienen un plan para todos nosotros. Recordad las palabras que pronunciaron antes de abandonarnos: Creced, vivid con curiosidad e ilusión, avanzad sin miedo y no os detengáis nunca, alcanzadnos y sentaos junto a nosotros en el cosmos. —Hizo una breve pausa para que aquellas palabras, aunque conocidas por todos, retumbaran de nuevo en las mentes de los aeshan—. Hemos sufrido, es cierto, pero de esta experiencia saldremos fortalecidos. Y eso es lo que hoy debemos celebrar. Hoy es un día histórico.

Hoy proclamaremos un nuevo Hoanzu. Un nuevo líder que nos protegerá, que velará por todos nosotros y que nos dirigirá hacia un futuro en el que, al final, conseguiremos sentarnos como iguales junto a Esann y recibiremos también el cariño de Dene. —El sumo pontífice se volvió hacia los dignatarios que aguardaban sentados y los miró un instante, pasando de uno a otro para contemplar sus rostros—. Poderosos monarcas, representantes de todas las naciones que conforman nuestra civilización, ¿habéis elegido ya a un nuevo líder de entre todos vosotros?

—Por la Madre y el Padre, lo hemos hecho. Tilou Izón será quien nos guiará —anunciaron al unísono.

—Vuestras voces se han oído claras y vuestra resolución es firme. Tilou Izón ha sido llamado para ser el nuevo Hoanzu, ¿estáis dispuestos a rendirle vasallaje y servicio?

—Lo estamos.

—Entonces, demostrad vuestra lealtad. Entregadle vuestro blasón.

Los novicios se alejaron del pontífice y fueron hasta los líderes colocados a cada extremo del escenario. Estos se quitaron con solemnidad los símbolos que les distinguían como cabezas de familia de sus naciones y los colocaron sobre los cojines. Los jóvenes aeshan se desplazaron hasta quedar frente a los siguientes dignatarios, quienes repitieron el mismo protocolo. En solo unos instantes, todos los líderes habían entregado su emblema y los novicios volvieron junto al sumo pontífice. El anciano cogió el primero de todos, lo miró un instante, se volvió hacia Tilou y le preguntó:

—¿Por el poder de la Madre y el Padre, juráis proteger, mediar y servir en la medida de vuestras fuerzas a los Kale y a sus ciudadanos, quienes en este bani os rinden pleitesía?

—Lo juro —respondió este con autoridad mientras el sumo pontífice le colocaba con delicadeza el emblema bajo el suyo propio.

La fórmula se repitió, nombrando a cada una de las familias a medida que los blasones eran tomados de los cojines hasta que los trece quedaron colocados bajo el escudo de los Izón.



—Y ahora, Tilou Izón, levantaos, no como cabeza de vuestra familia, sino como Hoanzu, líder de nuestras naciones y protector de todos los aeshan.

El aeshan obedeció, alzándose con energía y siendo recibido por los aplausos de las Familias y del cariño de los ciudadanos. Saludó a los presentes y alzó la mano para pedir silencio. Poco a poco los aplausos se fueron acallando para dejarle hablar.

—Muchas gracias a todos. Permitidme, lo primero, agradecer a todos los grandes señores, aquí reunidos, la decisión que han tomado. —Tilou se volvió ligeramente para mirar a los líderes de aquellas familias—. Honraré el juramento que he pronunciado, trabajaré para recuperar la confianza que tanto vosotros como los ciudadanos han perdido en las instituciones y pienso hacer que la figura del Hoanzu vuelva a ser un símbolo de unidad. Os prometo que haré todo lo posible para alejar el dolor que todos hemos sufrido durante la guerra y mantener una paz duradera que nos lleve a un futuro próspero donde nuestros hijos e hijas vivan felices y sin miedo.

Antes de que aquellas últimas palabras se desvanecieran en la plaza, los aplausos volvieron a rodearle. Parecía que aquel breve discurso había funcionado. Aunque parte de aquel mensaje iba para los aeshan que tenía a cada lado de su asiento, el discurso lo había hecho para todos los que tenía frente a él y los que le observaban desde casa. Eran ellos los que realmente necesitaban oír esas palabras, que necesitaban imaginar, por un momento, aquel sueño. Porque sabía perfectamente que lo que acababa de decir era solo una idea. Palabras huecas que, quizá, algún día, si luchaba lo suficiente, podrían llegar a ser verdad. Estaba convencido de que cada paso que fuera a dar a partir de aquel bani no solo no iba a ser fácil, si no que también sería peligroso. Pues, aunque lo había negado delante de todos, sabía que Raskat Honi tenía razón y que aquellos dirigentes que ahora le aplaudían y le aceptaban podían volverse en su contra y acabar con él en un solo instante.

Un grito rasgó el silencio de la habitación.

El aeshan se despertó atemorizado antes de darse cuenta de que había sido él mismo quien había gritado. Trató de moverse, pero los arneses de su lecho vertical lo impidieron. Desconcertado, y aún sumido en la neblina del sueño, estudió el lugar. No reconoció aquella habitación de paredes sobrias y sin decoración, ni los muebles, antiguos y de buena manufactura, que había a su alrededor. Observó cómo la luz de la habitación se colaba a través de una gran cristalera que comunicaba con un jardín interior. De pronto, un pitido le hizo desviar la atención de aquel verde paraje para centrarse en la colección de máquinas que tenía a su alrededor y de las que emergían una decena de cables que se conectaban a su cuerpo.

De un arrebato se arrancó parte de ellos, haciendo que las imágenes de los monitores cambiaran y una señal de alarma se activara. Fue en ese momento en el que se dio cuenta de que su mano derecha estaba desfigurada. Aunque era incapaz de recordarlo, parecía que había sido herido de gravedad, había sufrido algún tipo de quemadura y, a pesar de que se había curado, el exoesqueleto había quedado deformado. Pasmado ante aquel descubrimiento, recorrió la herida con la mirada, comprobando que no solo había sido su mano, si no que esta se extendía a lo largo de su brazo, de su torso y de su pierna. Tenía casi medio cuerpo cubierto por una vasta cicatriz. En ese momento, una idea brotó en su mente. Levantó su mano izquierda y la acercó despacio hacia su rostro, atemorizado ante lo que podía encontrar. Pero, antes de que sus gruesos dedos lo llegaran a descubrir, la puerta de la habitación se abrió y entró un aeshan que, con una sonrisa, le saludó:

—Veo que por fin habéis despertado.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —Preguntó con nerviosismo, su mente bullía con decenas de preguntas—. ¿Qué hago aquí?

—Tranquilícese, Porac, no debe hacer esfuerzos. Lleva casi cuatro ronis en coma —anunció él, acercándose hasta los monitores para apagarlos a continuación—. Aunque os hemos curado, aún estáis muy débil. Si os soltara ahora serías incapaz de sosteneros.

—¿Cuatro ronis? ¿Cómo?

—¿Qué es lo último que recordáis?

—No lo sé. Todo está difuso.

—Haced memoria, concentraos. ¿Qué es lo primero que viene a vuestra mente?

—Un… Un puente de mando, el estruendo de las alarmas. Los gritos de los aeshan a mí alrededor. Alguien nos estaba atacando.

—Así es, estabais combatiendo contra las Fuerzas Espaciales de los Ador.

—Sí, ahora lo recuerdo. Había movilizado mi flota. Íbamos a realizar un ataque planetario sobre sus territorios. Íbamos a arrasar la isla, pero nos estaban esperando. El combate fue tornándose a su favor y di la orden de retirarnos, pero nos alcanzaron. Perdíamos potencia, había muchos daños y luego… —narró, llevándose una mano a la frente de manera inconsciente para tratar de concentrarse en aquel fragmento que no conseguía recordar y descubriendo a su vez que su rostro también estaba desfigurado. Su corazón dio un vuelco y se quedó completamente paralizado.

—Vuestra nave se precipitó al planeta y se estrelló contra Jabar, la ciudad fortaleza de los Ador. Por suerte, mis subordinados os encontraron antes que sus soldados y os sacaron de entre los restos. Aun así, las heridas que sufristeis durante el combate fueron muy graves. No solo vuestro dermatoesqueleto ha quedao deformado; vuestras alas también sufrieron bajo las llamas y no hemos podido hacer nada por recuperarlas.

Aquellas palabras despertaron a Porac del ensueño en el que estaba y, asustado, trató de girarse para mirar, pero no consiguió ver nada, los arneses lo sujetaban firmemente. Lanzó sus manos hacia la espalda para comprobar que aquellas palabras eran mentira, pero no conseguía alcanzar nada. Desesperado, trató de concentrarse en moverlas, en agitarlas, en sentirlas, pero, y como había dicho aquel desconocido, ya no existían. Un grito lleno de dolor y rabia emergió de su garganta al tiempo que las lágrimas inundaban sus ojos y recorrían su desfigurado rostro.

—¿Por qué? —Preguntó en un siseo—. ¿Por qué me habéis salvado? ¿Por qué no me dejasteis morir?

—Porque aún podéis ser útil en la batalla que se acerca.

—¿Batalla? ¿Qué batalla? —Aquellas palabras le transportaron al pasado—. ¡Mi flota, mis soldados! ¿Qué les sucedió? ¿Pudieron escapar?

—No. Fueron masacrados en aquella ofensiva. Solo unos pocos sobrevivieron. A partir de ese momento, vuestros ejércitos fueron derrotados una y otra vez hasta que se rindieron. La guerra ha terminado hace poco más de un roni.

—¿Hemos perdido? Pero…

—Tilou Izón es el nuevo Hoanzu y todas las Familias ahora le rinden pleitesía.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres de mí? —Preguntó, incapaz de comprender y digerir todo lo que aquel desconocido le estaba explicando.

—Por ahora debéis saber que soy un amigo. Soy el que se ha encargado de que no os faltara de nada. Los dos tenemos objetivos comunes, así que estoy seguro de que podremos ayudarnos mutuamente.

—¿Objetivos? ¿Qué objetivos? ¡Todo ha terminado! ¡La guerra ha acabado! Hemos perdido, ¡tú mismo lo has dicho! —Exclamó Porac con desasosiego al tiempo que sentía cómo su cuerpo dejaba de responderle y se sumía lentamente en la inconsciencia.

—Tranquilo, no hagáis sobreesfuerzos. Pronto todo cobrará sentido, querido amigo. Por ahora descansad y recuperad fuerzas. Volveré a visitaros cuando despertéis y os lo contaré todo. Puede que la guerra haya terminado, pero nosotros seguimos respirando y

aún podemos empuñar un arma —anunció con entusiasmo. Sus ojos brillaban llenos de rabia mientras apretaba con fuerza los puños, observando al aeshan que tenía ante él, pensando en cómo lo iba a usar para cumplir sus planes.

2. Un viaje lejos del hogar

Los motores del transporte rugieron con fuerza y el poderoso impulso hizo que Vortau tuviera que aferrarse aún más fuerte a las barras de seguridad de la plataforma de observación. Había desobedecido las normas y abandonado su asiento para poder presenciar el despegue desde aquella posición privilegiada.

La ciudad de Niserve menguaba rápidamente y el cielo a su alrededor comenzaba a oscurecerse al adentrarse en las capas superiores de la atmosfera. De pronto, el temblor que los había acompañado durante todo el ascenso cesó por completo y el estruendo de los propulsores se silenció, quedando un débil eco resonando a lo largo de la nave. Habían alcanzado el espacio.

Vortau observó maravillado aquella imagen. Había estudiado su geografía y visto decenas de representaciones de Temun, pero aquello era algo completamente distinto: la curvatura del planeta, cada vez más pronunciada a medida que se alejaban de su superficie; el fuerte contraste de color entre la superficie rebosante de vida y la oscuridad del espacio y las miles de estrellas que, lentamente, aparecían a su alrededor y mostraban un universo lleno de posibilidades. Todo era sobrecogedor.

—Por fin os encuentro, joven señor —anunció una voz, rompiendo el embrujo que había cautivado a Vortau—. Ser el príncipe no os exime de cumplir las normas y hacer lo que gustéis. Al contrario, debéis ser el primero que las acate para dar ejemplo al resto.

—Tampoco ha sido para tanto, Pacil —respondió el joven al reconocer aquella voz y el tono de reproche que siempre usaba cuando quería regañarlo.

—¿Qué hacéis aquí?

—Observar nuestro hogar. Esta es la primera vez que abandono Temun. No podía quedarme ahí sentado sin ver lo que era un despegue de verdad. ¡Ha sido impresionante! ¿Habías estado antes en una nave espacial?

—Sí, en varias ocasiones viajé a Zede para dar charlas a los estudiantes de allí. Pero eso fue antes, cuando aún era profesor de universidad.

—¿Te arrepientes de haber dejado de dar clases? —Preguntó el joven, volviéndose a tiempo para contemplar la sorpresa en el rostro de su mentor.

—Nunca he dejado de dar clases, joven señor. Puede que ya no esté frente a centenares de alumnos, pero os tengo a vos. ¿Quién podría arrepentirse de la oportunidad que vuestro padre me brindó? Para mí es un honor ser el encargado de instruir al próximo dirigente de la familia Izón y, puede que, en un futuro, al Hoanzu de los aeshan.

—Buena respuesta, Pacil. Mi padre estaría orgulloso.

—Sabéis que no lo he dicho para agradaros. El primer día que nos conocimos os dije que siempre os sería sincero y no pienso romper esa promesa —respondió con rapidez y cierta vergüenza al tener que defenderse de aquella pícara acusación—. Y ahora que ya hemos salido del planeta, ¿qué os parece si nos ponemos manos a la obra? Deberíamos revisar y completar la planificación de estudios y actividades para este viaje.

—Dime, Pacil, ¿por qué no hemos cogido una nave más rápida para ir a Zede? —Preguntó el príncipe, haciendo caso omiso a aquella petición.

—¿A qué os referís?

—No hace mucho me dijiste que teníamos naves capaces de viajar a la velocidad de la luz; que había sido uno de los grandes proyectos del anterior Hoanzu.

—Así es, disponemos de esa tecnología y de una serie de vehículos capaces de realizar tal proeza. Pero también recordaréis que ese mismo proyecto fue uno de los causantes de los grandes males de los que se acusaba a Raskat Honi. Gastó dinero a espuertas, tomándolo del resto de las Familias, y no obtuvo ningún beneficio. Todas las expediciones que envió fuera del sistema solar no consiguieron nada útil para nuestra sociedad o, como sucedió con la mayoría, no volvieron.

—Entonces, ¿es por eso por lo que vamos con un transporte como este?

—En parte así es. Vuestro padre quiere demostrar que somos diferentes a los Honi. Por esa misma razón ordenó desmantelar y vender las piezas del transporte personal de Raskat que llevaba esa tecnología y cuyos costes de mantenimiento eran astronómicos. Por otro lado, viajar en un vehículo no lumínico tiene sus ventajas.

—¿Cómo cuáles, Pacil? —Inquirió Vortau, volviéndose hacia Temun y comprobando que se alejaban de él de una manera tediosamente lenta. Lo que él había soñado era viajar en una nave con un nombre adecuado como: Luz estelar, Intrépido o Cruza Estrellas. Vehículos capaces de viajar con aquella nueva tecnología y sentir la fuerza de los motores en su cuerpo, viendo un destello de luz y, de pronto, encontrarse a miles de kilaln de su hogar. No en un transporte de pasajeros de cincuenta tanis con el insípido nombre de Xeram.

—¿Recordáis las lecciones de astronomía? ¿Qué dijimos acerca de la rotación en Zede? No, no me miréis así, haced memoria. No hace tanto tiempo, dos lekis, como mucho.

—Está bien —dijo el príncipe, resignado—. Dijimos que Zede… Dijimos que Zede tiene un periodo de rotación de dos banis.

—Exactamente. ¿Y qué significa eso? Que cuando es medianoche en Temun, en Zede solo es el mediobani, ya que, como habéis dicho, su período es el doble que el nuestro. Aunque es algo muy sencillo, eso lleva una cierta dificultad cuando se trata de viajar pues nuestro cuerpo no está preparado para un desfase horario de tal magnitud. Y, por eso, usamos esta nave para remediarlo.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Vamos a usar este trayecto para adaptarnos al tiempo de allí. Poco a poco se irán alargando los períodos de luz y oscuridad en la nave hasta llegar a simular el horario de Zede. Una vez tengamos ese tiempo establecido viviremos con él durante una leki antes de aterrizar en el planeta. Así todos estaremos cómodos en ese nuevo entorno.

—Pero, Pacil, ¿cómo llevan el tiempo en Zede si es diferente al nuestro?

—Veamos, para mantener nuestros calendarios sincronizados, en Zede su rotación se divide en dos banis temunenses o, así como ellos lo simplifican: be, té. De esta manera, nuestro bani diez correspondería a su mañana, hasta que el sol alcanza su punto más alto, y el bani siguiente, el once, sería su tarde, hasta la medianoche. De esta manera, el bani zedeniano, es decir, la rotación completa del planeta corresponde a dos banis temunenses. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, creo que sí, es difícil de aceptar que en cada planeta exista un tiempo diferente —respondió él, desviando su mirada hacia las estrellas que había a su alrededor y dejando que aquel pensamiento hiciera volar su imaginación.

—Así es. Y hablando de tiempo, deberíamos ir a revisar la agenda del viaje. Necesitáis asimilar, memorizar y repasar toda la información acerca del protocolo, las Familias y de la sociedad adoriana que nos acogerá antes de llegar a Zede. ¿Por qué bufáis? Sabéis que es vuestra obligación como sucesor de la familia Izón.

—¿No podemos quedarnos un poco más aquí, por favor?

—Lo siento, joven señor. En otras circunstancias podría haber aceptado. Pero no puedo pasar por alto que habéis incumplido las normas al venir aquí. Así que… —indicó este, invitándole con el brazo a moverse y abandonar la plataforma.

Los nudillos resonaron contra la puerta metálica antes de que una amortiguada voz le invitara a pasar. El aeshan activó el dispositivo de apertura y esta se deslizó hacia un lado, permitiéndole descubrir aquel lugar. Aunque antes había sido una pequeña bodega de carga, esta había sido reconvertida en un pequeño estudio. En las esquinas del techo se habían colocado cuatro proyectores que formaban la imagen holográfica de un árbol genealógico en el centro de la habitación. Pacil, quien había estado señalándolo con un puntero, observó atentamente al recién llegado. Frente a la proyección, y de espaldas al aeshan, se encontraba el joven heredero. Este se volvió con rapidez, mirándole con gratitud al haber interrumpido lo que, a todas luces, parecía una larga y detallada clase acerca de la Familia Ador.

—Disculpad, profesor Pacil, Irtur me ha pedido que venga a buscar al joven Vortau para su lección de esgrima.

—Pero si eso no es hasta las… —comentó antes de observar el reloj de pared que había detrás de la proyección—. ¡Oh! Lo siento, no me había dado cuenta del sorag que es. Este cambio constante para adaptarnos al horario zedeniano me está pasando factura. Por favor, hacedle llegar mis disculpas a Irtur.

—No se preocupe, profesor, todos estamos algo descolocados con estas modificaciones. —Sonrió el aeshan mientras bajaba la mirada hacia Vortau—. Si sois tan amable de seguirme, alteza.

Las antenas del joven se tensaron y, de un salto, abandonó su asiento, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta con una gran sonrisa, feliz por escapar de las garras de aquel tutor que solo deseaba que memorizara y repitiera cosas una y otra vez. El recién llegado se apartó hacia un lado para dejarle pasar mientras realizaba una ligera reverencia.

—Mañana ya terminaremos… —La voz de Pacil quedó silenciada por el cierre de la puerta.

—¡Por fin! ¡Ya no podía más! —Exclamó Vortau con alegría estirando sus brazos y alas a fin de desentumecerse—. Me has salvado…

De pronto se quedó en silencio, observando al aeshan que había ido a buscarlo. Aunque llevaba la banda con el blasón de la casa Izón y el distintivo de la guardia real, este no era

como ninguno de los que había visto o conocido hasta la fecha. Todos los soldados de aquella unidad eran veteranos que habían llegado a esas posiciones después de una larga vida como soldado. Pero aquel aeshan era diferente. Era joven, debía tener treinta o treinta y cinco tanis y, por las pocas marcas que veía sobre su exoesqueleto, no parecía haber visto la guerra de cerca.

—¿Hay algún problema, alteza?

—No te había visto nunca en el castillo. ¿Cómo te llamas?

—Shata, alteza, soy nuevo en la unidad. Me he incorporado para esta misión. Por esa razón no nos habíamos visto antes.

—Aun así, llevas el emblema de la guardia real.

—Así es, alteza, pero es un mero formalismo. Como digo, me he incorporado a la guardia real durante este viaje para servir como apoyo. Aún me falta mucho para entrar en esta unidad —respondió él con una sonrisa risueña y levantando las antenas con emoción—, pero es un gran honor para mí poder ayudar en todo lo posible. Sobre todo, si se trata de la formación de combate del futuro heredero.

—¿Cómo? ¿No será Irtur quien me enseñe hoy? —Preguntó sorprendido al oír aquella noticia.

—No, el maestro Irtur me ha pedido que sea yo quien, durante un tiempo, me encargue de vuestra instrucción.

—¿Hice algo mal en la práctica de ayer? —Shata se volvió hacia el príncipe, quien le miraba con tristeza y las antenas gachas.

—No, alteza, Irtur está muy contento con vuestros avances y me ha informado de que sois un gran espadachín. Pero desea que no os acostumbréis siempre a tener un mismo contrincante. Eso puede llevar a cometer errores durante los combates, errores que pueden ser fatales —explicó Shata con todo el tacto que pudo, viendo cómo poco a poco el joven volvía a recuperar el ánimo al saber que aquello no era culpa suya.

Shata se adelantó un momento para abrir la puerta que les bloqueaba el paso, permitiendo al joven príncipe entrar en la bodega de carga principal. Aunque aún estaba plagada de material y contenedores, los soldados habían despejado un área para crear una zona de entrenamiento. Irtur, gran maestre de la guardia real, había ordenado que todos debían practicar varios sorags cada bani a fin de adaptarse al nuevo horario que se iba implantando en la nave y acostumbrarse también a la gravedad a la que iban a estar sometidos durante su estancia en Zede, pues esta era algo superior a la de su planeta natal y eso podría afectar al combate y, por consiguiente, a la seguridad de la familia real.

El fuerte entrechocar de los aceros de los miembros que luchaban unos contra otros, el zumbido de los filos de plasma de aquellos que practicaban movimientos en solitario, los gritos de todos ellos y el fuerte retumbar de las alas de aquellos que habían decidido que el aire era un elemento más donde combatir creaban una curiosa melodía que inundaba toda la cubierta.

—¿Cuánto tiempo hace que entrenáis con las réplicas, alteza?

—Casi dos tanis, mi padre comenzó a instruirme cuando tenía diez.

—Buena edad. Estoy seguro de que pronto podréis dejar de lado las réplicas y usar unas kimurti de verdad —indicó este mientras se acercaba a uno de los armeros que había

y tomaba de él dos réplicas de madera, más pesadas que las kimurti reales y que se usaban para la práctica y la mejora de las habilidades—. Lo que vamos a hacer ahora van a ser un par de duelos para conocer cuál es vuestro nivel de destreza. Una vez hayamos terminado, os enseñaré algunas posturas de combate en vuelo y, si tenemos tiempo, me gustaría ver vuestra habilidad con las dos kimurti.

—Aún no sé utilizar las dos kimurti, Shata —respondió este, agarrando la réplica que le tendía el aeshan—. Irtur me dijo que no iba a enseñarme a manejar las dos hasta que no le venciera en un combate.

—Entonces tendremos que conseguir que le venzáis, ¿no es así?

—¿Cómo? ¡Eso es imposible! Es más grande y diestro que yo, no podré vencerle ni en un millón de tanis.

—No podréis vencerle si lucháis según sus reglas. Debéis olvidaros de ellas. Os lo enseñaré. Atacadme.

—¿Y qué hay del saludo? —Preguntó Vortau algo desconcertado al ver cómo Shata extendía los brazos y le invitaba a que iniciara la lucha.

—Cuando tengáis que combatir de verdad, nadie os saludará antes de atacaros —expuso Shata al tiempo que lanzaba su espada contra el cuerpo de Vortau con la suficiente lentitud para que este dejara de pensar en todo aquello y se centrara en el duelo.

El príncipe fintó hacia la derecha y lanzó una estocada directa al pecho de su contrincante. Shata la bloqueó realizando un forzado movimiento de su brazo y dejando el flanco izquierdo desprotegido. Vortau, viendo la oportunidad, modificó la trayectoria de su espada y lanzó un nuevo arco contra su costado. El guardia real lo bloqueó con un fuerte resoplido mientras daba un paso hacia atrás, permitiendo que el joven se posicionara y tomara de nuevo la iniciativa, lanzando una serie de ataques destinados a la cabeza y torso que el instructor esquivó por poco, costándole cada vez más detener al enérgico joven. Este, confiado al ver las dificultades que estaba pasando su adversario, avanzó de nuevo, lanzando un ataque descendente contra su cabeza.

En ese momento, al distinguir la sonrisa en el rostro del príncipe, los ojos de Shata se iluminaron de satisfacción. El guardia real se agachó, dejando que el arma de su adversario atravesara el espacio vacío donde un instante antes había estado él y lanzando a continuación un ataque desde abajo, penetrando la guardia del príncipe y golpeándole en el pecho.

—¡Au! ¡Eso ha dolido! —Exclamó, retrocediendo y llevándose una mano al lugar del impacto.

—Irtur tenía razón, sois un buen espadachín. Analizáis bien el combate y aprovecháis las oportunidades que se os dan. Aunque sois muy fogoso e incapaz de tener la mente fría durante el combate. He estado jugando con vos y no habéis sido capaz de verlo.

—¿A qué te refieres?

—¿No os ha parecido extraño que Irtur me confiara vuestra instrucción y que fuera tan mediocre a la hora de defenderme de unos ataques como los que me habéis lanzado?

—Yo…

—Desde un primer momento me habéis atacado con todo lo que teníais, me habéis demostrado vuestras habilidades sin que realmente lo requiriera la situación. Es cierto que

a veces la mejor opción es eliminar a un enemigo con el menor número de movimientos, pero nunca debéis apresuraros. Siempre debéis estudiar a vuestro adversario. Con solo unos golpes uno puede descubrir mucho acerca del contrincante que tiene frente a él y, lo más importante, descubrir sus puntos débiles. Es en ese momento en el que debéis contraatacar, cuando debéis sorprenderle y derrotarle. Así es como conseguiréis vencer a Irtur.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—Sorprendiendo al enemigo. ¿Os esperabais un ataque como el que os he hecho? Estoy seguro de que no. Necesitáis medir al enemigo para conocer sus puntos débiles, para dejar que se confíe, para obtener el momento en el que le daréis la vuelta al combate. Pero ese momento del que hablamos debéis fabricarlo haciendo algo que no se espere vuestro contrincante. En un combate de verdad no hay reglas, nadie os dirá que habéis puesto bien o mal un pie o que la kimurti debería estar alineada con vuestro brazo. Todo eso está muy bien para un combate de exhibición, pero queda olvidado cuando tenemos frente a nosotros a un adversario de verdad y nos jugamos la vida en ese combate. Es cierto que seguiréis las bases de la esgrima, pero debéis improvisar, debéis crear vuestro propio estilo. Así es como podréis vencer a Irtur. ¿Habéis comprendido?

—Sí… Sí, lo entiendo, pero no sé muy bien cómo hacerlo.

—Yo os ayudaré —respondió con una sonrisa—. Hagamos un combate de práctica, narrando todos los movimientos que realizamos. Por ejemplo, os voy a lanzar un ataque desde arriba. ¿Qué hacéis? ¿Cómo os defenderéis? —Preguntó mientras hacía descender la espada contra su cabeza.

—La desviaré hacia la derecha —indicó mientras llevaba a cabo la acción—. Y os devolveré el ataque…

—Atacando bajo la axila del brazo del arma. —Le interrumpió Shata con rapidez, tomando por sorpresa al joven aeshan quien lanzaba aquel ataque—. Si yo lo sé, el resto de los enemigos también sabrán lo que haréis. Me será muy fácil defenderme de él y devolver el ataque. Si no tuvierais en mente las lecciones de Irtur y el protocolo del combate que os ha enseñado, ¿qué haríais? Adelante, improvisad.

—Avanzaría —respondió con convicción, dando un paso hacia delante—. Penetro en la guardia del enemigo y no le doy tiempo a recuperase antes de lanzarle un ataque contra su estómago.

—¡Muy bien! Veo que lo habéis entendido. Vamos a intentar realizar todo esto de nuevo, ahora sin hablar y a la velocidad correcta. ¿Estáis preparado? —Shata contempló cómo aquel alumno tan prometedor asentía.

El aeshan avanzó con paso lento y silencioso hasta posicionarse junto al otro, quien estudiaba desde la distancia a los dos combatientes.

—Así que es cierto que te has cansado de enseñar a mi hijo, Irtur.

—¡Majestad! —Exclamó al reconocer aquella voz junto a él, volviéndose rápidamente para saludarle.

—Por favor, Irtur, nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para que me vengas con esos formalismos —anunció este con una sonrisa antes de desviar la mirada hacia el combate—. ¿Qué haces aquí? ¿Vigilas a mi hijo o al recién llegado?

—A ambos. Quería comprobar que todo iba bien.

—Sé que no te gusta la idea, Irtur, me lo dejaste bien claro cuando te lo propuse. Pero creo que es un activo que nos puede llegar a ser muy útil. Ha demostrado su valía en otras ocasiones. Lo sabes tan bien como yo —argumentó el Hoanzu dejando que cada palabra hiciera el efecto deseado—. Aunque debo decir que me ha sorprendido saber que le habías permitido que enseñara a Vortau. Puede que el gran espadachín Irtur tenga más corazón del que aparenta.

—Ya no soy tan grande, Tilou. Solo soy un viejo al que le queda poco que hacer en esta vida.

—Por favor, ¡que tienes la misma edad que yo! —Soltó una fuerte carcajada, divertido ante aquel comentario—. Además, ¿qué es eso de que te queda poco? Nadie es capaz de derrotarte. Ni siquiera yo soy capaz de hacerlo, y mi destreza con la espada no es nimia.

—Te equivocas, sí que hay alguien capaz —bufó él, observando cómo ahora los dos combatientes alzaban el vuelo y comenzaban a danzar uno contra el otro, con las réplicas dispuestas para el ataque.

—¿Quién? ¿Quién ha vencido al gran Irtur? ¿Y cómo puede ser que no haya oído nada?

—Porque nadie lo sabe. Porque no me han vencido. Al menos, no de manera oficial —respondió con lentitud, midiendo cada una de las palabras que pronunciaba—. Ayer, durante el entrenamiento con todos los guardias hice que Shata se enfrentara a mí. Quería demostrarle que daba igual que le hubieras traído tú a esta nave, que no era uno de los nuestros. —Tilou desvió la mirada para observar a su fiel amigo. Aunque se había opuesto a su idea cunado discutieron aquel tema, no creía que aquello le hubiera afectado tanto. Podía sentir la vergüenza en cada palabra que pronunciaba. El Hoanzu colocó una mano compasiva sobre el hombro del gran maestre—. El maldito pudo haberme golpeado tres veces, pero no lo hizo. Se dejó vencer. Da igual que mi reputación de imbatible no se viera ensuciada frente al resto de guardias, ambos sabemos cuál fue el resultado del combate. Ese aeshan es alguien peligroso.

—Y por eso te lo he entregado, necesita que un maestro como tú se haga cargo de él. Necesita una instrucción como la que nadie más que tú le puede dar. Ese es tu cometido, transformarlo en alguien de más valor para nosotros.

—Lo intentaré. Aunque no puedo prometer que no le corte las alas si hace algo que no me guste —respondió este incapaz de refrenar una mueca de diversión.

—Me parece perfecto —dijo Tilou con satisfacción al haber ganado aquel pequeño enfrentamiento y observando los ágiles movimientos de su hijo. La réplica se movía con rapidez, chocando una y otra vez con la de su contrincante y dejando que aquellos sonoros golpes llegaran hasta ellos. Pero, lo más sorprendente de todo era la sonrisa que mantenía en el rostro. Él intentaba observar los avances de su hijo siempre que podía; pero en ningún combate contra Irtur le había visto sonreír de aquella manera. No cabía duda de que estaba disfrutando de aquel enfrentamiento—. Me parece, querido amigo, que vas a tener que permitirle usar las kimurti de verdad.

—Lo sé, Tilou, lo sé…

—Pero tu tranquilo, yo sigo necesitando que me protejas las espaldas —indicó este con diversión al notar el tono triste con el que había hablado su amigo.

—Eso también lo sé, nadie más sería capaz de aguantarte —respondió con malicia, consiguiendo que los dos soltaran una profunda y sincera carcajada.

—¡Ese es mi gran maestre! ¿Qué te parece si dejamos a los jóvenes con el entrenamiento y vamos a revisar la seguridad para la estancia y la ceremonia?

—Os sigo, majestad.

—Un buen combate, sí señor —anunció Tilou con una sonrisa de satisfacción al ver cómo los dos contrincantes volvían a tocar el suelo y su hijo charlaba animadamente con su nuevo instructor, incapaz de ocultar la emoción. Una fugaz imagen invadió su mente, recordando aquel primer día en el que le entregó la réplica de una kimurti y comenzó su instrucción para que aprendiera a defenderse en un mundo fragmentado por la guerra.

3. Un mundo nuevo

Vortau sonrió con satisfacción al entrar en la cubierta de observación. Daba igual la reprimenda que le había dado Pacil en su momento o la que iba a recibir una vez se enterara de que había vuelto a desobedecer las normas. Necesitaba estar allí. Necesitaba observar en primera fila el gigantesco planeta que ahora ocupaba toda la cúpula.

El turquesa del mar parecía fundirse con el verde de la naturaleza creando una hermosa tonalidad que se veía fragmentada por las cumbres nevadas de las grandes cadenas montañosas que cruzaban el gigantesco continente. El príncipe deseó poder aventurarse hasta allí, escalarlas y descubrir los secretos de aquel fenómeno meteorológico que nunca había sucedido en su mundo y que solo se había podido llegar a conocer gracias a la propia colonización planetaria. Su hogar, a diferencia de Zede, era una superficie mayormente llana, poco elevada y con una temperatura agradable, incluso en los polos. Lo que tenía ahí abajo era muy diferente, exótico. Un lugar lleno de fenómenos diferentes, de sucesos desconocidos que despertaban su curiosidad. Un mundo nuevo. Un mundo que había transformado la historia de la civilización aeshan para siempre.

Las palabras de Pacil resonaron en la mente de Vortau mientras observaba con detenimiento el planeta:

—Tras la derrota de los Honi y la repartición de sus territorios entre las Familias que le plantaron cara, Zede se divide ahora en catorce reinos. En él no solo encontramos los territorios de las antiguas Familias, quienes iniciaron la colonización del mundo, si no también a las nuevas que han surgido con la propia expansión. Eso se debe a que algunos comerciantes, empresarios, banqueros o inversores ganaron el suficiente poder en estos nuevos territorios para crear sus propios dominios. La influencia que tenían como pilares del avance de los aeshan en ese nuevo entorno, junto con el propio sentimiento de libertad y de poder al transformar esas tierras inhóspitas en un nuevo hogar, creó un movimiento de independencia y autodeterminación que pronto se extendió a lo largo de todo el planeta.

»A parte de estos aeshan, algunos miembros de las antiguas Familias que habían sido destinados a este planeta también renegaron de su apellido y adoptaron uno nuevo al sentirse desamparados y abandonados por parte de sus propios parientes. Ese movimiento fue el que luego originó la Guerra de la División. Así que en muy poco tiempo surgieron una multitud de pequeños reinos y territorios gobernados por esos autoproclamados dirigentes. De todas esas nuevas Familias que se originaron solo cinco han permanecido hasta la actualidad, consolidando su poder en Zede. A saber: Zati, Onek, Agan, Voga y Ador. El resto han sido absorbidas gracias a los pactos diplomáticos, a las alianzas matrimoniales, aunque esas nunca han salido muy bien y deberíamos hablarlas a parte, o destruidas por su propia incompetencia y por las guerras que se han originado a lo largo de los tanis.

—Los Ador fueron los primeros en denunciar a Raskat Honi, ¿verdad, Pacil?

—Así es, ellos revelaron las injusticias que estaban sufriendo por parte del Hoanzu y las instituciones gubernamentales. Sus quejas pronto se conocieron a lo largo de los territorios zedenianos y varias Familias se sumaron a las acusaciones. Vuestro padre, que también había sufrido en sus carnes las agresiones del antiguo Hoanzu, decidió tomar

medidas; rebelándose contra su poder, negándose a reconocerlo como líder de los aeshan y declarándole la guerra. Ese mismo bani, Vyle Ador se unió a los Izón para luchar contra los Honi. Poco después el resto de Familias se decantaron por uno u otro bando y se inició la Guerra.

—Sin saber si alguna Familia más iba a apoyarnos, los Ador dieron un paso al frente y se unieron a la lucha, convirtiéndose en nuestros mayores aliados —comentó Vortau observando el mapa geopolítico que había proyectado frente a él y que mostraba los dominios de cada uno de los reinos en el momento en que se declaró la guerra, hacía ocho tanis—. Nosotros poseíamos territorios en Temun y Zede y nuestros ejércitos habían combatido en varias ocasiones contra el resto de las Familias; pero ellos solo poseían esas islas y sus tropas nunca se habían enfrentado a un combate global como este. Fueron muy valientes.

—Lo fueron y lo siguen siendo. Pero también debéis recordar que, aunque no hubieran combatido tan abiertamente como lo hemos hecho nosotros a lo largo de nuestra historia, los Ador han luchado durante gran parte de su vida para conformar sus territorios. Durante los primeros cien tanis, tras la Guerra de la División, los Ador acabaron con los pequeños pueblos costeros independientes y unificaron las islas Giles bajo un único blasón. Puede que a simple vista no destaquen al haberse establecido en las islas, teniendo en cuenta el gran espacio que aún está deshabitado en el continente, pero estos poseen una posición estratégica frente a cualquier amenaza. Sus territorios son una fortaleza en sí mismos y ahora, tras haber recibido la isla Alfides como botín de guerra, tienen la hegemonía completa del mar. No hay ninguna otra Familia que pueda hacerles frente en dicho elemento —indicó Pacil marcando la isla que se encontraba bajo aquellos antiguos territorios Ador y que, de pronto, se tornaron del mismo color que las otras islas, creando una línea virtual en medio de aquel mar interior y mostrando el poder que ahora poseían los Ador—. Aunque debéis tener en cuenta que el verdadero poder de una nación recae sobre los propios ciudadanos. Los adorianos, como podréis comprobar muy pronto, son fuertes y aguerridos, directos y carismáticos. Si no hubiera sido por el apoyo de Vyle Ador, y a pesar de los abusos que recibían, las familias zedenianas no se habrían unido para combatir contra los Honi y la guerra habría acabado de otra manera. Por eso mismo vuestro padre quiere nombrarle nuevo Roclun, es decir, gobernador planetario.

—Lo sé, padre me explicó lo que pretendía hacer antes de iniciar el viaje. Quiere eliminar la discriminación que ha existido entre temunenses y zedenianos proclamando a Vyle Ador gobernador del planeta. Así se rompería la tradición que se inició con el propio nombramiento del Hoanzu.

—¡Exactamente! Así es, joven señor. Desde la creación del Hoanzu siempre ha habido un Roclun encargado de Zede. El último fue Alper Honi, hermano de Raskat Honi, que falleció en el asedio de Misur. Hasta ahora, el cargo de Roclun había quedado dentro del seno de la familia del Hoanzu. Por eso mismo esta ceremonia es tan trascendental; no solo el Roclun dejará de ser un pariente de la familia gobernante, si no que también será de una familia zedeniana. Esta es la primera vez que una Familia de nueva generación ostentará una posición de poder —explicó el tutor sin poder reprimir cierta emoción al sentir que él mismo estaba viviendo aquella nueva etapa en la historia de los aeshan—. Es un acto osado y visionario que necesita el apoyo de todos. Sobre todo del de su familia. Así

que, para ayudarle, debéis aprender todo lo relacionado con nuestros aliados; desde los miembros de la familia real hasta su economía, cultura e historia.

Vortau agitó rápidamente la cabeza para alejar aquella parte de la lección que quería volver a inundar su mente y se centró de nuevo en la escena que se desarrollaba a su alrededor. El transporte había penetrado ya en la capa más alta de la atmosfera y descendía rápidamente, abriéndose paso entre las nubes que ahora le ocultaban la vista de Zede. De pronto, la nave escapó de aquella prisión esponjosa y el cielo azul la rodeó, permitiendo que la luz inundara toda la plataforma de observación.

El príncipe observó maravillado cómo las islas Giles, que había llegado a conocer tan bien gracias a Pacil, parecían relucir en contraste con el agua de su alrededor. Se centró en Gilep, la mayor de todas, y afinó la vista para ubicar la ciudad de Jabar, capital de aquellos territorios y hogar de la Familia Ador. Se encontraba al sudeste y, aunque aún era una pequeña mancha, poco a poco se iban distinguiendo más detalles. Pronto reconoció la inmensa bahía en la que se asentaba, que hacía de barrera natural frente a los poderosos elementos, y la línea de defensa costera que protegía todo el puerto y que, como le había explicado su tutor, había frenado más de un ataque.

Se deleitó viendo cómo los gigantescos buques se adentraban en alta mar o, por el contrario, tomaban rumbo hacia los inmensos muelles. Estos, equipados con grandes grúas y centenares de transportes, desplazaban la carga en un baile perfectamente coreografiado. Sin darse cuenta siguió con la mirada uno de aquellos vehículos hasta la vasta extensión de contenedores que esperaban su turno para embarcar y, tras estos, contrastando con todo aquel caótico ajetreo, se encontraba la zona industrializada. Vortau pudo distinguir un par de astilleros que trabajaban con ahínco en lo que parecía ser una nueva serie de buques; varias siderurgias y refinerías, que expulsaban grandes columnas de humo hacia el cielo, y varios edificios con nombres clavados en sus fachadas que supuso que eran empresas y navieras que se habían establecido allí mismo para impregnarse de aquel ambiente y recordarse que el puerto nunca descansaba.

Tras la zona portuaria, y dividida de esta por una larga avenida que cruzaba toda la ciudad, empezaba el área residencial para todos aquellos que trabajan en los muelles y sus industrias. Aunque los edificios no eran muy altos, conservaban el diseño característico aeshan: una estructura en espiral que recordaba a las caracolas de mar; con una base más ancha que se iba retorciendo y reduciendo hasta acabar en una delicada punta redondeada. Su fachada, de metal y vidrio, se combinaban con el propio paisaje gracias a los grandes huecos que había entre los distintos elementos y que no solo creaban espacios semiabiertos entre el núcleo central de viviendas y el exterior, sino que permitían la vida en comunidad y la sensación de estar al aire libre, algo muy importante para todos los aeshan. Aquella sensación también se conseguía gracias a todos los parques que había desperdigados a lo largo de la ciudad y cuyas plantas se fundían en armonía con las construcciones cercanas, transportando el verde hasta los puntos más altos.

Aunque, lo que realmente llamó la atención del joven príncipe fue que la mayoría de aquellos edificios poseían plataformas exteriores a diferentes alturas en las que había grandes cañones de riel o baterías de misiles. Pudo comprobar que algunas estaban siendo desmanteladas, pero eran muchas las que aún seguían dispuestas para defender la ciudad.

Y, a medida que se acercaban a la fortaleza Ador, situada sobre una pequeña colina que permitía ver toda el puerto y la ciudad, estas se hacían más abundantes. Con aquella imagen, por fin era capaz de entender por qué Jabar había sido un punto estratégico de suma importancia durante la guerra, parecía inexpugnable.



La melodía de los motores del transporte cambió, avisando de que se estaban acercando a su destino. Vortau se agarró con más fuerza a las barras de seguridad y contempló cómo sobrevolaban la fortaleza en dirección a la plataforma de aterrizaje que había a un lado. Se sorprendió al ver cómo aquel edificio no parecía haber recibido muchos daños a lo largo del tiempo pues, a diferencia de este, su hogar en Niserve estaba plagado de pequeñas reparaciones que relataban una larga historia de combates y guerras. Fue mientras revisaba con interés la estructura de aquella fortaleza que vio cómo un comité de recepción se acercaba rápidamente al lugar del aterrizaje y, a pesar de la altura, pudo distinguir que estos llevaban tanto el blasón de los Izón como el suyo propio: un antiguo

navío a vela que navegaba bajo un cielo estrellado. Los recuerdos de la primera vez que su tutor le enseñó aquel emblema y su significado volvieron a su mente.

—¿Por qué tienen un navío a vela, Pacil? Esos barcos dejaron de usarse hace mucho.

—Así es, joven señor, estos ya no se utilizan para el transporte de mercancías desde hace más de mil quinientos tanis. Actualmente los barcos de vela solo se usan como embarcaciones de recreo. Entonces, os preguntaréis, ¿por qué usarlo como el emblema de la Familia? Por dos motivos. El primero, para explicar de dónde procede su fuerza, su poder. Para mostrar al resto de los aeshan que han creado su apellido gracias al transporte —explicó el tutor, levantando un dedo para llamar la atención de Vortau e indicarle que aquel punto era importante—. En este caso, y como se puede apreciar en su blasón, gracias al transporte marítimo. Puede parecer algo increíble que una empresa de este tipo prospere cuando hablamos de una colonización planetaria. Pero no debemos olvidar que, aunque las naves espaciales pueden ser útiles, no poseen la capacidad de un buque. Cuando hablamos de cargas como metales o minerales, productos químicos o grandes volúmenes de mercancías, se hace evidente la necesidad de este tipo de transportes. Sobre todo, si tenemos en cuenta que el mar de este planeta baña las costas de todos los territorios. Así que, quien lo domina, posee un gran poder sobre el resto.

»En segundo lugar, el uso de este tipo de transportes en el blasón es un intento de dar mayor antigüedad a un apellido aún joven. Debemos tener en cuenta de que estas Familias tienen doscientos setenta tanis, por lo que intentan parecer más de lo que son usando un objeto ya antiguo. Por eso mismo, si analizamos todos los emblemas de las familias zedenianas que se formaron en el pasado, comprobaremos que poseen temas u objetos más antiguos que la época en la que se fundaron, tratando así tratar de suplir un pasado inexistente. Muchas de ellas, a su vez, al igual que la Ador, poseen estrellas o elementos del espacio que hacen referencia a Heri o a la Madre y al Padre.

—Intentar aparentar más de lo que son. ¡Vaya estupidez!

—No debéis subestimar la transcendencia de tener un pasado y una seña de identidad que identifique a los zedenianos, joven señor. Al fin y al cabo, la Guerra de la División se originó por ese sentimiento de libertad e independencia al haber conseguido transformar este salvaje planeta en su hogar.

El transporte sufrió una ligera sacudida al sacar el tren de aterrizaje, despertando a Vortau de su ensueño y haciendo que tuviera que agarrarse con fuerza cuando la nave tocó tierra.

—Por fin hemos llegado. —Se dijo sin poder reprimir una sonrisa al sentir cómo el zumbido de los motores, que durante tanto tiempo le había acompañado, comenzaba a atenuarse. De pronto, una idea brotó en su mente. Pacil le había dicho que al llegar a Jabar todos se iban a reunir en la bodega de carga y la familia real al completo iba a descender en primer lugar para presentar sus respetos a Vyle Ador, gobernante de esos territorios. Su corazón dio un vuelco al darse cuenta de que sus padres ya estarían preparados y él aún estaba allí. Con un impulso de sus alas atravesó a toda velocidad la plataforma de observación para luego continuar corriendo por el pasillo que lo conduciría hasta la bodega de carga.

Vortau se abría paso entre los tripulantes, pasajeros y guardias, que se iban congregando en la bodega de carga, cuando distinguió a sus padres. Tilou parecía estar dando órdenes a los guardias reales que había a su alrededor y Cinar, parecía preocupada, buscándolo entre los presentes. El príncipe aceleró y, poco antes de llegar junto a ellos, chocó con alguien, cayendo al suelo y consiguiendo que el otro gruñera de dolor.

—¡Perdón! —Exclamó rápidamente, volviendo a levantarse y comprobando, para su sorpresa, que era Pacil quien ahora le miraba malhumorado.

—No solo llegáis tarde cuando se os pidió, expresamente, que llegarais puntual; sino que ahora también decidís golpearme.

—Yo, no pretendía… —Trató de explicarse sin aliento por la carrera y el incidente.

—¿Dónde estabais?

—Conociéndole, viendo la ciudad desde la plataforma de observación, ¿no es así, hijo? —Preguntó Tilou, acercándose a los dos con una sonrisa en el rostro. El joven asintió—. No me importa que explores por tu cuenta y sacies tu curiosidad, pero siempre debes recordar tus obligaciones y obedecer a tu tutor. Él solo desea lo mejor para ti. ¿Lo has entendido, Vortau?

—Sí, padre, lo lamento —respondió con un débil murmullo, bajando la cabeza y sus antenas, avergonzado ante aquel toque de atención.

—Vamos, ven conmigo, te estábamos esperando —anunció mientras le invitaba a acompañarlo con la mano, colocándola sobre su hombro cuando este estuvo a su lado—. Sé que hay muchas cosas que preferirías hacer antes de asistir a todo este protocolo, pero debes empezar a prepararte como próximo cabeza de familia. Lo primero será presentar nuestros respetos a Vyle, dejaremos las cosas en nuestros aposentos y luego tendré una reunión hasta la hora de la cena. Espero que en ese momento te comportes y hagas caso a lo que Pacil te ha estado diciendo hasta ahora.

—Lo haré, padre.

—Muy bien, así me gusta. A ver si mañana tenemos un momento libre y podemos visitar la ciudad, ¿te gustaría?

—Sí, me encantaría —respondió él, recuperando la alegría.

—A mí también. Ahora colócate aquí, a mi derecha —ordenó antes de mirar a Cinar, que se había unido a ellos, y cogiéndole la mano con delicadeza. A continuación, miró a Irtur, que esperaba junto al resto de su equipo y le hizo una señal. Este asintió y dijo algo a través del comunicador que llevaba en el cuello.

La compuerta comenzó a abrirse dejando que una leve corriente de aire inundara la bodega de carga y envolviera a los presentes, reemplazando el aire reciclado y filtrado que habían respirado durante todo el viaje. Vortau se sorprendió al sentir el fuerte aroma de naturaleza que lo impregnaba y que embriagaba los sentidos. Un aroma que parecía haberlo trasladado al interior de un inmenso bosque. Nunca había sentido en sus antenas una pureza como esa y no pudo si no preguntarse cuánto había cambiado Temun a causa de los aeshan.

La rampa tocó el suelo con un fuerte golpe. La guardia real formó rápidamente en dos filas y avanzó con determinación. Sus pasos resonaron con fuerza sobre el metal, acompasados con la música de las caracolas que ahora inundaban toda la bodega. Las capas,

marcadas con el blasón de los Izón, ondeaban con cada paso mientras las armas, limpiadas para la ocasión, golpeaba rítmicamente sus costados. Finalmente, cuando el último de ellos descendió, los guardias detuvieron su avance, permaneciendo firmes y observando con mirada atenta todo a su alrededor, buscando cualquier señal de alarma o peligro para su señor.

Irtur, quien se había quedado en el interior del transporte junto a Tilou, escuchaba atentamente a sus soldados a través del comunicador. Todo parecía estar en orden, sin ningún contratiempo, así que se hizo a un lado, dejando vía libre al Hoanzu e informando de que iban a descender. Esperó a que los tres le hubieran sobrepasado para colocarse detrás y seguirles. De manera instintiva, su mano derecha se colocó sobre la empuñadura de su kimurti.

Vortau levantó la mirada hacia el cielo al sentir cómo aquella luz bañaba su cuerpo. Heri, la estrella que conocía tan bien y que le había acompañado toda su vida, ahora se veía extraña, diferente. Al estar en una órbita más lejana, el astro se veía más pequeño sobre el cielo azulado y su luz era más débil, más vieja.

Siguieron adelante mientras el comité de bienvenida también se acercaba a ellos con aire marcial, recortando la distancia que les separaba. Vortau los observó con interés. Vyle Ador iba en cabeza y, al igual que su padre, portaba sus kimurti y una banda alrededor del pecho, de un color turquesa, con el emblema de su propia familia. Caminando a su lado se encontraba su mujer, Vixar, quien vestía una fina capa semitransparente con un rico bordado dorado. Aunque aquella tela llamaba la atención, el joven príncipe se centró en el hinchado abdomen de la reina, recubierto por una coraza más gruesa que el propio exoesqueleto y que indicaba que estaba embarazada. Por su tamaño, parecía que pronto iba tener el primer vástago de los Ador. Al otro lado se encontraba Radek Ador, hermano pequeño del monarca y encargado de dirigir la fuerza aérea y espacial de la nación. Vestía una banda más sencilla pero sus armas parecían ser más elaboradas. Tras ellos, y avanzando con paso medido, había otro aeshan armado. Se centró en este por un momento, vestía una banda de cuero con varios bolsillos y el emblema de la guardia real Ador. Las empuñaduras de sus kimurti relucían bajo la luz de Heri y portaba una pistola de riel atada a la pierna izquierda. Aunque aquel armamento no era lo que más sorprendía de aquel guerrero, si no las innumerables cicatrices que cubrían su cuerpo y que lucía con orgullo. Supo al instante que aquel era Kels, gran maestre de la familia Ador, campeón de campeones y protector del monarca.

—¡Bienvenidos a Jabar! —Exclamó Vyle con energía, abriendo los brazos para abarcar todo el lugar antes de tenderle la mano a Tilou—. Me alegra verte aquí de nuevo, amigo.

—Siempre es un placer, Vyle. Muchas gracias por venir a recibirnos —dijo, saludándolo con efusividad.

—Eres mi Hoanzu, qué menos que venir a recibirte cuando llamas a mi puerta —bromeó él antes de volverse y saludar a Cinar—. Querida, por fin te puedo dar la bienvenida a nuestra nación. Nuestra casa, es tu casa. Y a ti también te saludo, joven Vortau. Has crecido mucho desde la última vez que nos vimos. Ya eres todo un aeshan. —Los ojos del príncipe brillaron por un momento por aquel cumplido antes de asentir en silencio a modo de agradecimiento, tal como le habían enseñado.

—Eres muy amable, Vyle. Ya sabes lo mucho que me apetecía ver vuestro precioso país. Y parece que pronto alguien más también lo conocerá —respondió Cinar con una sonrisa al tiempo que agarraba las manos de Vixar y miraba por un momento su abdomen—. Mi más sincera enhorabuena a los dos. ¿Ya sabéis qué será?

—Varón, será un varón —anunció ella con orgullo, colocando una protectora mano sobre su vientre.

—Felicidades, amigo, me alegra mucho por ti. La nueva generación y heredero del apellido Ador pronto llegará —dijo él, mirando a continuación al hermano menor de la Familia—. Y estoy seguro de que Radek tendrá ganas también de jugar con su sobrino.

—Así es, tengo mucho que enseñarle. Aunque creo que soy más consciente yo de la llegada de este nuevo miembro de la familia que mi propio hermano.

—Yo aún no me lo creo —comentó este, pensativo.

—Pues ya va siendo hora de que te lo vayas creyendo, porque ya solo nos queda un roni temunés antes del desove. —Le reprochó ella, aunque en su tono se podía notar la felicidad.

—Y luego ya puedes prepárate. No te darás cuenta y, un bani, estará chapoteando en el pozo de desove y al siguiente querrá tirarse del tejado de la fortaleza para intentar volar —explicó Tilou, guiñándole un ojo a su hijo, que se encogió ligeramente avergonzado.

—Me parece que tú tampoco puedes hablar mucho acerca de esto, esposo mío. O prefieres que recordemos alguna anécdota de tus primeros días como padre —capituló Cinar sin poder reprimir una sonrisa maliciosa y mirando con complicidad a su compañera, consiguiendo que las dos comenzaran a reír.

—Creo que será mejor que cambiemos de tema antes de que nuestras esposas nos dejen en ridículo, ¿no te parece, Tilou?

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Será lo mejor, antes de que sea demasiado tarde.

—En ese caso, nuestros sirvientes os enseñarán vuestros aposentos y podréis descansar y refrescaros después de este largo viaje. Si te parece bien, Tilou, podemos vernos después de que os hayáis instalado y revisamos, junto con mi hermano y nuestros consejeros, las próximas reuniones y tratados que debemos firmar antes de la ceremonia.

—Me parece perfecto. Envíame a alguien dentro de un sorag y nos ponemos a revisar la agenda.

—Por aquí, por favor —indicó el líder Ador, invitándoles a seguirle con la mano al tiempo que un grupo de aeshan daba un paso para recibirles y cumplir las órdenes que su señor acababa de dar.

—Ya puedes dejarnos, muchas gracias por acompañarnos hasta aquí. —Le indicó Vortau al sirviente, que hizo una ligera reverencia y se marchó.

—Permitidme, alteza —pidió el guardia real, entrando en los aposentos que el sirviente acaba de abrir para el príncipe. Vortau observó desde el umbral cómo este analizaba con esmero toda la estancia antes de desviar la atención hacia Pacil, quien también esperaba en el pasillo a que el soldado que había entrado en los suyos le diera el visto bueno—. Podéis entrar, alteza, todo en orden.

El príncipe obedeció y entró, observando con curiosidad todo a su alrededor. La sala de estar tenía una mesa rodeada por cuatro sillas austeras y dos butacas colocadas frente a un televisor. Esta comunicaba con un balcón, ahora cerrado por unas puertas de cristal, y con el dormitorio, donde se encontraba también el cuarto de baño.

—Son iguales.

—¿A qué os referís, joven señor? —Preguntó Pacil, que ahora entraba por la puerta. Miró al guardia real que se había colocado junto al portal, esperando órdenes—. Shipat, muchas gracias, puedes retirarte.

—Entendido, señor. Estaré fuera si me necesitan —anunció este, saliendo al pasillo y cerrando la puerta.

—Si comparas esta habitación con las que tenemos en nuestra fortaleza de Niserve, son iguales. Parece como si no hubiéramos viajado a ningún lado —explicó, revisando de nuevo las cortinas, lisas y de colores claros; los muebles que, aunque de buena factura, eran sencillos y sin ningún elemento diferenciador; las paredes, de un color neutro y los diversos cuadros que, aunque intentaban dar un toque de color a toda la estancia, eran inexpresivos—. Todo es tan… Aburrido.

—No están hechas para que sean divertidas, si no para atender las necesidades de los invitados que acuden al castillo. No son comparables con nuestros propios aposentos. Pensad que estas son usadas durante estancias cortas y por diferentes aeshan, así que deben ser neutras y no entorpecer el descanso de sus huéspedes.

—Preferiría sentirme más como si estuviera en mi propio cuarto. Entrar en los aposentos y sentir que la distancia a mi hogar se acorta un poco.

—Pero debéis tener en cuenta de que sus visitantes serán de diferentes lugares; por lo que eso es algo más complicado de conseguir. Sin contar que sus huéspedes estarán gran parte de su tiempo fuera, trabajando o reuniéndose con otros aeshan y que solo los usarán para dormir.

—Y hablando de dormir, espero que estos arneses me sujeten bien y me permitan descansar como toca. En la nave ya me costó acostumbrarme a los que había.

—Si no jugáis con ellos y no tratáis de romperlos, puede que lo consigáis.

Vortau los soltó a regañadientes y volvió a la sala de estar, donde desplazó la puerta corredera del balcón y salió, apoyando sus manos sobre la balaustrada, observando el patio interior de la fortaleza, completamente ajardinado. El fuerte olor de las flores y las plantas aromáticas alcanzó sus antenas, sintiendo su fragancia y oyendo al mismo tiempo el suave cantar de las aves y los insectos así como el gorgoteo de la fuente central, cuya agua brillaba cristalina bajo la luz de la tarde. Con un impulso volvió al interior de la habitación y se dirigió hacia la entrada.

—¿A dónde vais? —Preguntó Pacil con preocupación, observando cómo este abría la puerta y el guardia real que la custodiaba se ponía firme.

—No pienso quedarme en una habitación tan aburrida por más tiempo, me voy a visitar el castillo.

—Por favor, cuidad ese lenguaje. Somos invitados en este lugar. ¿Qué imagen daríais si os oyeran? Si decidís visitar al castillo, permitid que Shipat os acompañe, por si lo necesitáis.

—¿Para qué lo voy a necesitar, Pacil? ¿No somos todos aliados? Debería poder moverme por el castillo como si fuera mío —respondió este con convicción, saboreando aquellas palabras al contradecir a su tutor—. Puede quedarse aquí, custodiando mis aburridos aposentos. Nos vemos a la hora de la cena.

—¡Esperad! —Exclamó Pacil tratando de impedírselo, pero el príncipe ya había abandonado su habitación y se marchaba rápidamente por el pasillo. Shipat se volvió para mirarle un instante, esperando una orden, pero negó con la cabeza—. Déjalo, será mejor así, que tenga un poco de espacio.

Vortau no sabía muy bien a dónde ir. Había recorrido gran parte de los pasillos de la primera planta, donde se encontraba su dormitorio, y ahora se dedicaba a explorar la planta inferior en busca de algo que llamara su atención. Pues, aunque la decoración era diferente, aquella fortaleza se parecía mucho a su hogar: pasillos estrechos, bajos y laberínticos que permitían una férrea defensa en caso de ataque así como una arquitectura con nombre propio que había dominado la construcción de las fortalezas aeshan desde el inicio de los tiempos.

Fue mientras analizaba cuáles eran las diferencias y similitudes con respecto a su hogar que oyó, a lo lejos, los gritos de alguien seguido de varios golpes secos. Curioso, y dejándose guiar por aquellos sonidos, llegó hasta un gran portal de madera y metal. Vortau acercó sus antenas para poder escuchar lo que sucedía al otro lado. Por los pasos que oía, los gritos y los golpes supo que alguien estaba practicando esgrima. Animado al haber encontrado algo que podía ser de su interés, tiró de la puerta con sumo cuidado con tal de no llamar la atención y poder mirar el interior. En el enorme dojo solo había un aeshan de espaldas a él que, armado con una réplica, practicaba contra un maniquí, golpeándole una y otra vez con energía.

A primera vista, y por su altura, Vortau dedujo que tendría la misma edad que él y descubrió por sus movimientos, erráticos y sin ton ni son, que no solo no dominaba muy bien la kimurti, sino que también, aparte de luchar contra aquel indefenso adversario, lo hacía contra otros dos enemigos imaginarios.

De pronto, aquel luchador se dio la vuelta y se quedó totalmente quieto, mirando a Vortau que, embobado con aquellos nefastos movimientos, había abierto la puerta por completo, quedándose en medio del umbral. Ahora que ambos se miraban, el príncipe pudo ver que se trataba de una joven pues su cabeza y su cuerpo eran más estilizados y sus antenas se doblaban ligeramente hacia atrás.

—¡No estaba haciendo nada! —Se apresuró a decir, soltando el arma de inmediato, que rebotó contra el suelo acolchado, mirándolo con preocupación.

—Yo no diría que no estabas haciendo nada exactamente —respondió el príncipe sin poder reprimir una carcajada, tomando a la joven por sorpresa, quien esperaba algún tipo de reprimenda—. ¿Por qué estás entrenando sola? ¿Y tú instructor? ¿Dónde están los otros?

—No tengo instructor —indicó ella, complaciente, aunque con voz débil—. Pero si buscas al resto de alumnos, están fuera, practicando al aire libre—. La joven señaló la

pared del dojo, completamente acristalada y que conectaba con el patio interior. Vortau miró hacia allí, aunque no consiguió ver a nadie.

—Pues deberías estar con ellos, si no nunca dominarás la kimurti.

—No puedo. Yo… No soy como los demás —explicó ella, aunque la respuesta no pareció contentar a su interlocutor, que la seguía mirando con curiosidad—. Mis padres trabajan aquí, en el castillo. Aunque he vivido toda mi vida en estos pasillos, este no es mi lugar. Así que vengo a practicar cuando puedo sin que nadie me vea—. De pronto una mueca de preocupación invadió el rostro de la joven y sus ojos se tornaron vidriosos—. Por favor, no se lo digas a la guardia. Yo solo quiero llegar a aprender a manejar la kimurti y, si alguien se enterara, ya no me dejarían volver a entrenar.

—Tranquila, no se lo diré a nadie. Te lo prometo. ¡Es más, te voy a ayudar! —Exclamó él con emoción—. Me estaba aburriendo por el castillo, así que, ¿qué te parece si practicamos un poco? No soy tan bueno como mi instructor, pero así tendrás alguien contra quien luchar que se defienda y que te puede explicar algún nuevo movimiento. ¿Qué me dices?

—¿Tu instructor? ¿Tienes un instructor?

—Sí, me llevan enseñando a luchar desde hace dos tanis. Creo que ya domino el combate con una espada, aunque aún no consigo coordinarme con las kimurti gemelas. Mis combates con las dos son bastantes lamentables —respondió él, divertido ante su propio comentario y recordando aquellos últimos combates contra Shata. Vortau avanzó hacia el armero más cercano, tomó una réplica, la sopesó por un momento y realizó varios arcos para acostumbrarse al movimiento.

—¿Quién eres?

—Soy Vortau, Vortau Izón. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas? —El rostro de la joven palideció al escuchar aquellas palabras. Como si una descarga eléctrica hubiera recorrido todo su cuerpo, se arrodilló con rapidez, bajando la cabeza.

—Lo siento, alteza. No sabía quién eráis. No era mi intención faltaros al respeto.

—Tranquila, no has hecho nada malo —respondió él en tono conciliador, tratando de que la joven no se sintiera incómoda por aquello. Había sufrido tantas veces aquel cambio de actitud que ya sabía que debía dejarlo pasar y tratar de que vieran al aeshan que había tras el título. Aunque a veces no era tan fácil—. Por favor, levántate, no tienes de qué preocuparte. Ahora practiquemos un rato.

—No puedo luchar contra vos...

—¿Cómo qué no? ¡Claro que puedes! ¡Vamos! ¿No habías dicho que querías aprender? Pues coge la espada y defiéndete. —Ordenó él, dando un paso al frente y alzando la réplica para que viera que iba a atacarla, tal y como le hizo Shata la primera vez que practicó esgrima con él.

La joven lo miró por un momento, dubitativa, pensando en lo que debía hacer. El príncipe ralentizó aún más el golpe mientras una sonrisa amistosa afloraba en su rostro, pidiéndole con su mirada que reaccionara. Finalmente accedió ante aquella muda súplica y tomó la réplica que había lanzado contra el suelo, alzándose y bloqueando el débil ataque. El príncipe asintió ligeramente antes de volver a atacarla.

Pronto los dos adversarios comenzaron a moverse uno contra el otro y las espadas chocaron una y otra vez mientras la preocupación que había sentido se disipaba y se transformaba en alegría.

Vortau no hubiera dicho nunca que tratar de enseñar fuera tan divertido. Su pupila obedecía todo cuanto decía y, aunque la había visto agitar la espada de un lado para otro, con los consejos que le estaba dando, cada vez lo hacía mejor. Se movía con más confianza y trataba de alcanzarle con cada nuevo ataque, haciendo que, al no tener ningún tipo de estilo de lucha, tuviera que aplicarse para defenderse. En ese momento, su adversaria le lanzó un nuevo arco destinado a su costado izquierdo, que bloqueó con rapidez, haciendo que aquel seco sonido retumbara sobre el dojo.

—Tienes que intentar fintar en el último momento. Cambiar de dirección el ataque o desviarlo para sorprenderme y cogerme con la guardia baja.

—Lo intentaré —dijo ella, preparándose para atacar de nuevo.

—No sabía que ahora también fuerais instructor, alteza —anunció una voz desde un lado del dojo.

—¿Shata? —Preguntó este, reconociendo la voz y volviéndose para mirar al aeshan que, apoyado contra la pared, los miraba. Antes de que pudiera decir nada más, la kimurti de su contrincante cayó sobre él—. ¡Au!

—¡Perdón!

—Eso os pasa por bajar la guardia, alteza, ¿o es que ahora que dais clases ya os habéis olvidado de las lecciones que se os han dado?

—No, yo solo… —Trató de defenderse ante aquella reprimenda y comprobando al mismo tiempo que la joven lo miraba preocupada, con la cabeza algo gacha y distanciada de él—. Él es Shata, mi profesor de esgrima, los movimientos que hemos practicado me los ha enseñado él. Y Shata, ella es… Al final, con todo lo que ha pasado, no me has dicho cómo te llamabas.

—Lo siento, alteza, disculpad mi torpeza. Me llamo Liwal, Liwal Crys.

—No importa hables así, tan formal. Somos amigos. —Tratando de recuperar el compañerismo que había estado disfrutando hasta ahora y que había desaparecido ante la aparición de su maestro.

—Un placer —interrumpió Shata antes de mirar al príncipe—. Alteza, Pacil me ha pedido que os buscara y os llevara al salón. Pronto comenzará la cena con la familia Ador y debéis estar presente.

—¿La cena? —Preguntó, volviéndose hacia la pared acristalada del dojo y viendo cómo las luces del jardín comenzaban a encenderse para alejar la oscuridad que rápidamente tomaba el control de la ciudad—. ¡Me ha pasado el tiempo volando! Voy enseguida. Lo siento, Liwal, debo irme. Si quieres, mañana, después de comer, nos vemos en el jardín. Me gustaría ver un poco más del castillo y luego podemos practicar un poco más.

—Será un honor, alteza. Os enseñaré lo que queráis del castillo —respondió ella servicial, con una ligera reverencia, haciendo que Vortau la mirara furioso al no haberle hecho caso. Y, aunque quería reprochárselo, sabía que no iba a conseguir nada en aquel

momento. Dejó su réplica en el armero y salió del dojo seguido por Shata, quien miró con curiosidad a la joven antes de seguirle.

—Sabes, Shata, creo que se me da bien eso de enseñar.

—Ya lo he visto, alteza. Sois todo un profesor, aunque vuestra alumna ya os ha golpeado.

—Eso es porque me has despistado, si no hubieras estado allí habría estado más atento.

—Esa no es excusa. Da igual que tengáis a toda la guardia real a vuestro alrededor, siempre debéis estar pendiente de vuestro entorno.

—Lo siento.

—No debéis disculparos. Solo que debéis recordar siempre esta lección. Prometedme que a partir de ahora nunca bajaréis la guardia.

—Lo prometo, Shata.

—Muy bien. Ahora démonos prisa antes de que Pacil se impaciente.

Si quieres saber cómo sigue la aventura de Vortau, Shata y los aeshan, la tienes disponible a un solo clic. Pincha en la imagen.

